

EL PRIMER LIBRO DE RUBEN DARIO: EPISTOLAS Y POEMAS

— por Julio Saavedra Molina —

HASTA los críticos mejor informados saben poquísimos acerca del tomo de versos que Rubén Darío nunca olvidó al hacer sus listas de «obras publicadas por el mismo autor»: *Epístolas y Poemas*. Lo citó por vez primera en la cubierta de *Azul...*, impresa en Valparaíso en Julio de 1888; y por última vez en su artículo sobre *Azul...*, dado a *La Nación* de Buenos Aires en Julio de 1913. Al principio lo llamaba *Epístolas y Poemas*, como ser en el libro de Valparaíso que acabo de citar, en *A. de Gilbert* de 1890, en *Prosas profanas* de 1896, donde añade la fecha «1885», y en *Opiniones* de 1906. Después, lo llamó algunas veces *Primeras notas*, por ejemplo, en *Los Raros* de 1905, *Parisiense* de 1907; y otras veces de ambos modos, como en *El canto errante* de 1907: *Epístolas y Poemas (Primeras notas)*, en que se ve la preferencia del título más antiguo.

Y saben poco los críticos porque los ejemplares del «libro primigenio», como lo apodaba el poeta, han desaparecido casi por completo. Basta cotejar las referencias de don Max Henríquez Ureña (p. 101 de *Rodó y Rubén Darío*, Habana, 1918), de don Regino E. Boti (p. 10 de *Hipsipilas*, Habana, 1920), o de Francisco Contreras (pp. 149 y 315 de *Rubén Darío, su vida y su obra*, Barcelona, 1930), con las de don Arturo Marasso (p. 351 de *Rubén Darío y su creación poética*, La Plata, 1934), para advertir la vaguedad y contradicción de los datos.

Pero la disparidad comenzó mucho antes, en Febrero de 1916, con la publicación de un artículo que don Wenceslao Jaime Molíns escribió para el número dedicado a la memoria de Rubén Darío por la revista *Nosotros* de Buenos Aires, artículo que fué recogido en el libro *El mundo de los sueños*, impreso en Madrid en 1917 y reimpresso en 1922. Aunque el señor Jaime Molíns poseía un ejemplar de *Primeras notas*, no lo describió detallada y completamente, y entre los datos que dió había uno que vino a contradecir lo que ya se sabía y a convertir el libro en un enigma literario: el dato de haber sido publicado el año 1888. Y de aquí la confusión que desde entonces reina, ya que nadie después ha vuelto a ver ni a mencionar ese ejemplar, «tal vez el único que supervive», como dijo su dueño.

El señor Jaime Molíns añade en el curso del artículo que *Primeras notas* es un «folleto» que empieza por «un canto a título de proemio», y que contiene los poemas siguientes, que nombra o de los cuales cita estrofas: *El Poeta a las Musas*, *La nube de verano*, *La cabeza de Rawi* (sic)*, *A Juan Montalvo*, *El Porvenir*, *A Ricardo Contreras*. Ni una palabra acerca de los demás poemas del libro.

En nadie, empero, es más visible la endeblez de la información que en Andrés González Blanco, el ordenador de las *Obras escogidas de Rubén Darío* (t. II, Madrid, 1910) y de las *Obras completas* (t. VII, Madrid, 1924). En el tomo II de las escogidas, la sección dedicada al «primigenio» se titula así: *Primeras notas—Epístolas y Poemas—1885*, y comprende tres piezas: *El poeta a las musas*, *Erasmo a Publio y Víctor Hugo y la Tumba*. Sin embargo, en el tomo VII de las completas, titulado *Epístolas y Poemas*, González Blanco declara que «su publicación data de 1889, pero, en realidad, éstas son las *Primeras notas* a que el

* *Rabí*, con *b*, se escribe en las *Obras poéticas completas*. Pero *rabí*, palabra hebrea, significa «sabio en la Ley»; y en el poema de Darío se trata de un poeta; es decir del personaje árabe o persa que Zorrilla describe en el t. II, p. 307, de *Granada*, en estos términos: «Los Orientales estiman mucho estos bardos, que aun hoy entretienen con sus cantares las largas horas de la noche en los palacios de los príncipes y en las casas de los ricos. A veces estos rawíes son esclavas o favoritas de estos magnates, las cuales recitan al són de la guzla los versos de los poetas árabes y persas. La palabra árabe es *rawi*, la cual casi nunca se usa en plural». Pero Zorrilla la usa y le da tres sílabas, con acento en la *i*:

Rawíes de romances narradores...

poeta hace referencia en su *Autobiografía* y fueron escritas cuatro años antes». El influjo del artículo del señor Jaime Molíns sobre González Blanco está patente. El argentino había dicho: «Probablemente muy pocos en la América del Sur conocen el primer libro de Rubén Darío. Se titula *Primeras notas*. Fue editado en Managua, por la Tipografía Nacional, el año 1888». Y González Blanco, que vió incompatibilidad entre la publicación en Nicaragua y la residencia del poeta en Chile desde Junio de 1886 hasta Febrero de 1889, adelantó la fecha un año más.

El señor Marasso, que ha tenido la suerte de consultar un ejemplar de «*Primeras notas*, Managua, 1888», impreso por la «Tipografía Nacional» (p. 351 de la obra cit.) declara, en presencia del dato «1885» de Darío, repetido por González Blanco y por Contreras: * «No sé si hay edición anterior. De no haberla, la fecha de 1885 es la de composición de este voluminoso libro de epístolas y poemas.»

Pues bien, como los datos que yo poseo son todos favorables a la fecha 1885, tiene por objeto el presente artículo desenredar esta madeja. Mis datos se basan también en el conocimiento directo de un ejemplar de *Epístolas y Poemas* que tengo delante de mis ojos al escribir sobre él, y en el mérito de documentos contemporáneos de su publicación.

Empezaré por describir minuciosamente este ejemplar, el único que he visto en mi vida, y el único que hay en Chile, seguramente. Descripción indispensable, puesto que la rareza del libro ha conducido a muchos hasta a negar que esta edición haya existido. Pertenece este sobreviviente a don Narciso Tondreau, de Santiago, amigo de Darío y su colega en las tareas periodísticas de los años 1886 y 87. Conserva el señor Tondreau, además de recuerdos personales interesantes, ciertos objetos provenientes del Nicaragüense. Entre sus autógrafos guardaba hasta hace poco el original manuscrito de los poemas *Invernal* y *Autumnal*, recogidos en la imprenta de *La Época* después de corregir las pruebas para su publicación en 1887. No sabe ahora dónde estén.

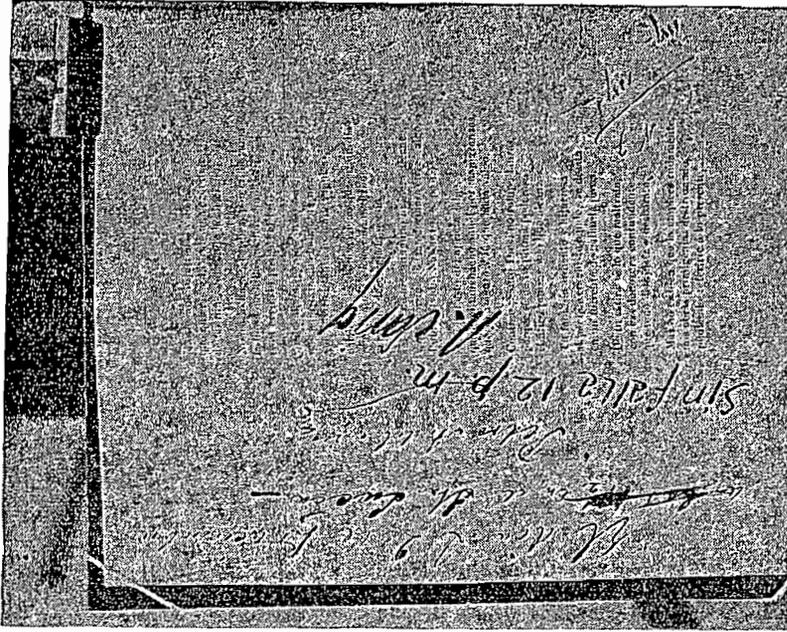
* F. Contreras vió también el libro del 85, según la obra citada más atrás y también según la p. XI del estudio preliminar de su reimpresión de *Emelina*, París, 1927.

Su ejemplar de *Epístolas y Poemas* está mutilado: le faltan las páginas 1-2, pertenecientes a un cuadernillo suelto con que debió comenzar el libro, anterior al cuadernillo 1, pues éste empieza con la p. 3 (sin números impresos de página ni de cuadernillo). También le faltan las páginas 33-46, en que estaba la epístola *A Juan Montalvo*; y también las páginas 175-186, que contenían el poema *El Arte*. Estas páginas con poemas se ve que fueron arrancadas, al parecer, para la publicación que hizo *La Época* en 1887: de *A Juan Montalvo* el 18-XII, con fecha al pie «1883»; de *El Arte*, el 6-XII, precedido este poema de doce versos de ocasión, que no están en el libro, dedicados a celebrar «A Nicanor Plaza, estatuario». Fué suerte que, si por esa causa se mutiló el ejemplar no se arrancasen también las páginas correspondientes a *La cabeza del rawí*, *Erasmus a Publio*, *El ala del cuervo* y *El Poeta a las Musas*, poemas que aparecieron también en *La Época*: el 2-XI-87, el 16-XI-87, el 1.º-I-88, y el 15-I-88, respectivamente. El tercero de éstos lleva al pie la fecha «1885», en el diario.

Que esto pudo ocurrir como lo supongo no es cosa antojadiza, puesto que el ejemplar de que hablo es el que trajo Darío a Chile, que obsequió en 1887 a su amigo don Eduardo de la Barra, y que tuvo a la vista su otro amigo porteño, don Eduardo Poirier, al escribir sobre *Abrojos* en 1887. Aunque borrados por el tiempo, todavía se leen en la página 3 unos trazos con lápiz, de puño y letra de su segundo dueño, que dicen: *E. de la Barra, 1887*. En la p. 16 se leen otros, con tinta, al pie de *El Poeta a las Musas*, del puño del nicaragüense, que dicen: *1885—Rubén Darío* (Véase el grabado), como si hubiera pensado entregarlo así a algún periódico. En fin, la p. 18 tiene garabatos o anotaciones de cuatro personas (Véase el grabado). Dicen, con tinta de intenso negro, los primeros: *El día 22 de Diciembre a las 11½ en el Sta. Lucía—Pedro A. del Río*, y más abajo: *Sin falta 12 p. m.—R. Darío*. Estos son seguramente de 1886. Del Río era un joven chileno del círculo de amigos de Rubén. Y es fácil reconstruir la escena. Se hallaban juntos Pedro y Rubén, probablemente en Diciembre de ese año, y antes de separarse se dieron cita en el cerro Santa Lucía para la noche.



Pág. 16 del ejemplar «Tondreau» de *Epístolas y Poemas* de 1885



Pág. 18 del ejemplar «Tondreau» de *Epístolas y Poemas* de 1885

Del Río propuso las 11½; Darío tarjó y fijó con rasgos gruesos las 12.

Aparte hay una anotación con tinta también, pero con letra del señor Tondreau y casi tan antigua: *N. T. 1887—1887*. Y con lápiz y letra de De la Barra las enmiendas: *obrilla, incipientes*. Y en otras páginas otras enmiendas: de Darío, con tinta; y de De la Barra, con lápiz; huellas descoloridas de ese hecho fugaz y cuasi imperceptible que es la vida humana; pero que el tiempo transcurrido, y nuestra simpatía por los hombres que ahí apoyaron su mano para trazarlas, visten con el manto de añoranza y poesía de lo que se fué para siempre jamás.

¿Qué fué de tanto galán?
¿Qué fué de tanta invención
como trajeron?.....
Las justas y los torneos.....
¿qué fueron sino verduras
de las eras?

Pero volvamos a la descripción del libro. Su tamaño, en el estado actual, recortado por la encuadernación, es de 20½ × 16 centímetros. Las márgenes, anchas. El tipo principal de la impresión, romano del número 10; pero la p. 63 (comienzo del poema *El Porvenir*) está en tipo del 8. Contando las hojas arrancadas, había 23 cuadernillos de 8 páginas cada uno, desde la p. 3 hasta la 186. La portada, si la tuvo el libro, debió de hallarse en un cuadernillo suelto inicial, como ya he dicho, en el que entrarían las pp. 1 y 2 de la numeración general, formando tal vez una portadilla con el título *Epístolas*, primera sección de libro. Todo este pliego falta.

Las cifras de los folios van en la esquina externa y superior, renglón en que no corre ningún título de página. La numeración de los cuadernillos, abajo, no empieza sino en el tercero, p. 19. De suerte que este libro, sin portada, sin colofón, sin título de página ni de cuadernillo, no tiene nombre ni mención de autor en parte alguna. Salvo, naturalmente, en este ejemplar histórico que estoy describiendo, en que Darío estampó, de su puño, firma y fecha en la p. 16 (V. el grabado).

Índice no existió quizá nunca, porque, al parecer, la impresión del libro quedó inconclusa. El papel de este ejemplar es un satinado blanco de buena calidad, más bien delgado, hasta la p. 170. Las dos hojas que quedan del cuadernillo siguiente son de papel «vergé» satinado, semejante al anterior en calidad color y grueso. Este cambio de papel ¿se debe a una primera interrupción de la impresión?

He dicho que las pp. 1-2 debieron formar una portadilla con el título *Epístolas*, sección que llega hasta la p. 58. Las 59-60 forman la segunda portadilla anunciando la segunda sección del libro: *Poemas*. La sección *Epístolas* comprende las siguientes composiciones en verso: *Introducción* (23 espinelas numeradas en romanos, pp. 3 a 11), *El Poeta a las Musas* (pp. 13-16), *A Ricardo Contreras. (1)* (Así, con un 1 entre paréntesis, que anuncia una nota que *no va* al pie, pp. 17-31), *A Juan Montalvo* (pp. 33-46 que faltan,) *A Emilio Ferrari | Autor del poema «Pedro Abelardo»* (pp. 47-52), *Erasmus a Publio* (pp. 53-58). Los títulos de cada pieza de esta sección van en la misma página en que empieza el poema; al revés de la disposición adoptada en la sección siguiente, *Poemas*, en que el título de cada uno va en una portadilla y la pieza comienza en la hoja siguiente. Estos son: *El Porvenir | (A Manuel Riguero de Aguilar)* (pp. 63-85), *Víctor Hugo y la Tumba* (pp. 89-97), *Ecce Homo | (A Francisco Antonio Gavidia)* (pp. 101-112), *La cabeza del rawí | Oriental | (A Emelina)* (pp. 115-120), *La nube de verano | (A doña Mercedes de Elizondo)* (pp. 123-137), *El ala del cuervo | (A Pedro Ortiz)* (pp. 141-145), *Alí | (Oriental)* (en la p. 147; dedicatoria en la 149 *Al Dr. Gerónimo Ramírez*, seguida de breve carta firmada *Rubén*; y el poema en las 151-173). En las 177-186, que fueron arrancadas, debió de estar *El Arte*. Todos estos títulos están impresos en mayúsculas.

Y, como se ve, los restos de este ejemplar coinciden totalmente con la descripción, menos minuciosa que la mía, que hizo en «San Salvador, Noviembre de 1888» el poeta Vicente Acosta, cuando «un su amigo residente en Managua» acababa de enviarle «un librito precioso» que contenía estas mismas *Epístolas* y los mismos *Poemas*. Aludo al artículo crítico que Acosta publicó en la revista *Repertorio Salvadoreño* (t. I, N.º 4, pp. 332-

346, del 15-XI-1888) con el título *Musa Centro-Americana*. *Las Primeras Notas de Rubén Darío*. Dice ahí el reseñista: «Consta de 186 páginas en cuarto menor, cuya impresión, si no es lo más acabado, da una idea honrosa del grado de adelanto a que ha llegado el arte tipográfico en la hermana república de Nicaragua». Declara que es «la primera obra de Rubén Darío que se publica en Centro América». Y más adelante, que «el inspirado y talentoso poeta ha dado gran lustre a las letras nacionales en el exterior, publicando obras que, como *Abrojos*, la novela *Emelina* y últimamente el libro titulado *Azul*, han sido calurosamente encomiados por la prensa chilena». Por lo cual le expresa una «cordial felicitación». Y añade: «De igual manera aplaudimos la conducta del Gobierno de Nicaragua al costear la impresión de las *Primeras notas*.»

Coinciden también los restos del «ejemplar Tondreau» con los datos que dió Ramón Uriarte en el t. III de su *Galéxia Poética Centro-Americana*, dado a luz en 1889, pero fechado en Guatemala, 1888. Da cabida en él a cinco poemas de Rubén Darío, dos de ellos tomados de *Epístolas y Poemas*, como lo declara el siguiente párrafo de la noticia biográfica: «Incompleto hemos recibido de Nicaragua un tomo de sus poesías; conocemos las que en periódicos del Salvador, Chile y México se han publicado en diversas épocas; mas no han llegado a nuestras manos sus últimas producciones.» Párrafo en que el lector ha de reparar en la omisión del título del libro.

Si, pues, hubiéramos de atenernos a sólo estos documentos, los datos del señor Jaime Molíns recibirían comprobación e incremento. Pero hay otros.

El propio Acosta nos da uno al enumerar las piezas de que constan las *Primeras notas* de 1888, párrafo que omito en resguardo de la brevedad, ya que se trata de las mismas composiciones que he enumerado más atrás. Pero hay una circunstancia que merece atención. «Las *Primeras notas* están divididas en dos partes», dice, y sin nombrar la primera, después de enumerar las piezas que la componen, agrega: «y la segunda, lo que el autor ha bautizado con el nombre de *Poemas*» comprende: (lista y largos comentarios, con esta frase:) Las últimas páginas de las *Notas* las ocupa la poesía *El Arte*, escrita y

publicada hace ya algunos años y que es una de las mejores composiciones del tomito.»

El ejemplar de Acosta no era, por lo tanto, mucho más completo que el de Uriarte o que el del señor Tondreau, que yo he descrito; terminaba bruscamente en la p. 186 y carecía aparentemente del cuadernillo con la portada y la portadilla *Epístolas*. Pero, al revés del de Uriarte, tenía tal vez una cubierta de reciente impresión, en que han debido de leerse los datos de Acosta, y de los señores Jaime Molíns y Marasso: *Primeras notas por Rubén Darío, Managua, Tipografía Nacional, 1888*.

Acontece, empero, que hay otro documento, que data de casi dos años antes. Es la mención más antigua que conozco del «primigenio». La trae el artículo que escribió Eduardo Poirier sobre los *Abrojos* de Rubén Darío, que su autor fechó en Valparaíso, el 21 de Marzo de 1887, y publicó en la *Revista de Artes y Letras* de Santiago el 1.º de Abril de ese año (t. 9, pp. 73-80). Llama allí Poirier a Darío: «Poeta de inspiración rica y entonación robusta, que ha escrito el volumen de poesías donde lucen la *Epístola a Montalvo* y el poema *El Porvenir*, libro conocido de muy pocos entre nosotros, pero que ha merecido altos elogios de un crítico y poeta como Eduardo de la Barra.» Bastan estas pocas palabras para saber que Poirier vió un ejemplar de *Epístolas y Poemas* en Febrero de 1887; probablemente este mismo ejemplar que tengo ante mis ojos, con firmas de E. de la Barra y de Rubén Darío.

El libro, o más exactamente, estos 23 cuadernillos, cinco de ellos ya mutilados, habían sido impresos, pues, antes del viaje de su autor a Chile, en 1886 o en 1885. Y en la opción, puesto que Darío dijo constantemente que lo fué el 85, debemos hacer honor a su palabra y repetir con él: el libro *Epístolas y Poemas*, tal como se conoció hace medio siglo y más, y lo conocemos hoy, se imprimió en 1885, pero no llegó a terminarse entonces. . . . ni nunca.

Lo de una cubierta o portada falsa, de 1888, se explica sin dificultad. El libro estaba a medio hacerse cuando Darío se embarcó para Chile en 1886 trayendo este ejemplar histórico, sin portada y sin tapa. La impresión quedó suspendida y el libro se divulgó como estaba. Los ejemplares de que dan no-

ticias los señores Henríquez Ureña y Boti (en las obras citadas más atrás) eran también incompletos y carecían de portada como éste. El propio Darío confirma esta comprobación cuando llama a su libro en el artículo sobre *Azul...* de 1913: «volumen incompleto de versos que apareció en Managua con el título de *Primeras notas*.»

Y obsérvese la redacción: apareció con el título, como quien callase: título que le pusieron, que yo no le dí, y que me ví obligado a aceptar como cosa consumada.

Y que le pusieron ¿cuándo? Pues, cuando, tras el éxito resonante de *Azul...*, atestiguado por Acosta, a un resto de ejemplares, tan incompletos como los primeros de *Epístolas y Poemas*, se les echó a circular con una cubierta del año 1888. Y uno de éstos debió de ser el que Darío llevó consigo a Buenos Aires cuando en 1893 a la Argentina encaminó sus pasos.

Entremos ahora a considerar aspectos más íntimos del libro.

He cotejado el texto de este ejemplar de 1885, completándolo en las partes mutiladas con las publicaciones hechas en *La Época* de Santiago en 1887, los fragmentos que citó Acosta en 1888, y los dos poemas que reprodujo el mismo año Uriarte en su *Galería poética*, a saber: *El Porvenir* y *El Arte*; con los textos modernos de *Epístolas y Poemas*, todos incompletos y dispersos. Estos son: el de *Obras escogidas de Rubén Darío* (t. II, Madrid 1910); el de *Parnaso Nicaragüense compilado por A. Ortiz* (Barcelona, sin año, pero de 1912); *Hipsilas, Poesías recogidas por el Dr. Boti* (Habana, 1920); *Obras completas de Rubén Darío* (tomos II, V, VII y XIV, Madrid, 1923-1927); y *Obras poéticas completas de Rubén Darío* (Madrid, 1932).

Como es de suponerlo, las más antiguas de estas obras reproducen con mayor fidelidad el texto primitivo, sobre todo cuando son copias directas de él, como acontece con el libro de 1910. Por lo mismo, la de 1932 ofrece el texto más adulterado. Indicar todas las variantes en detalle sólo sería posible en una edición crítica. Y, por consiguiente, en este artículo sólo diré cosas generales, referidas todas a la edición de 1932.

Las adulteraciones no son parejas; afectan más a unos

poemas que a otros. Y, desde este punto de vista, se les puede clasificar en tres grupos: 1) Con adulteraciones leves y sin gran consecuencia: *Introducción, El Poeta a las Musas, La cabeza del rawí, El ala del cuervo*; 2) Con cambios de palabras que alteran el sentido de ciertas frases: *A Ricardo Contreras, A Emilio Ferrari, Erasmo a Publio, La nube de verano*; 3) Con los mismos defectos y además supresiones de versos enteros: *El Porvenir, Víctor Hugo y la Tumba, Ecce Homo, Alí*. En particular, *Ecce Homo* está gravemente adulterado: tan sólo versos enteros le faltan en cuatro pasajes, y uno de éstos tiene diez versos y otro dos. Entre el texto de 1887 de *A Juan Montalvo* y el de 1932 casi no hay diferencias importantes. Lo mismo habría que decir del de *El Arte*, si no le faltasen en *La Epoca* las siete últimas estrofas del texto de Uriarte y del de 1932.

Si este libro de Darío careciese de valor poético, las adulteraciones tendrían ínfima importancia. Pero no participo yo de la opinión corriente en tal sentido. El propio poeta manifestó alguna vez cierto desdén por su libro «primigenio». En el artículo de 1896 *Los colores del estandarte* dijo: «Ha de saber el señor Groussac que antes de publicar ese libro revolucionario (*Azul...*) ya había logrado sonrisas oficiales por mi volumen de *Epístolas y Poemas*, cuyos versos tienen tal cañete que harían perdonar al más coriáceo de nuestros académicos el delito simbolista de mi *Canto de la sangre...*» (Véase *Poesías y Prosas raras de Rubén Darío*, Santiago, 1938, p. 69). Nunca le dedicó tampoco una «historia de mi libro *Epístolas...*», como lo hizo con *Azul...*, *Prosas profanas*, *Cantos de vida*, y *Abrajos*. No obstante, tampoco nunca lo olvidó, como lo he comprobado al comienzo de este artículo. Y es que el libro de 1885 no carece de mérito. Pero señalarlo exige un preámbulo sobre el concepto de poesía.

Pocos juicios sumarios se emiten con más frecuencia entre escritores que el de conceder o negar el carácter poético a personas y cosas: «Fulano es poeta» o «no lo es» les basta a muchos; «estos versos no son poesía» o al revés «lo son». Cada vez que oímos o leemos semejantes juicios podemos estar seguros de que quien tal dice ignora la psicología, o por lo menos, se conduce y habla como si la ignorara. En efecto, la actitud

dogmática, como y cuando quiera que se adopte, es siempre la reacción de un espíritu que afirma que las cosas son; y jamás es la del que cree que las cosas sólo parecen ser, o mejor, nos parece que son.

Cuando Bécquer escribió:

¿Qué es poesía ¿Y tú me lo preguntas?
¡Poesía..... eres tú!

más bien que una paradoja dijo una verdad a medias. Poesía eres tú, puesto que tú me produces ese estado de encanto y arrobamiento que también me produce un buen poema. Con lo cual queda dicho cuál era su concepto de poesía, y, modestamente, el mío: estado emocional provocado por un poema, o por otros objetos. Es decir, entonces, que la poesía está en nosotros, en nuestra capacidad emocional, en nuestra reacción ante el estímulo lectura o audición del poema. Y, dado que nuestra capacidad emocional es don personalísimo, que puede diferenciarse de persona a persona, es absurdo pretender que todos reaccionemos de igual modo ante el mismo estímulo, y que todos sintamos lo que haya de poesía en cada poema, y la misma especie de poesía. Habría pues ignorancia (por no decir estulticia) en pretender que sólo los poemas que a mí me encantan y arroban, no más, son poesía; y que los otros, muy otros, que emocionan al vecino, logran ese resultado envidiable sólo por ordinariéz del vecino.

Más aún: cualquiera de los medios artísticos de expresión de las emociones y sentimientos: danza, música, poesía, ofrece dos puntos de vista: el del autor, que expresa, y el del espectador, auditor o lector, que acoge la expresión, la interpreta según sus medios. Este pensará que está bien y que hay poesía cuando los versos logren comunicarle emociones y sentimientos. Posición subjetiva, que depende de su temperamento, su capacidad para sentir. Lector insensible puede haber, pues, para quien jamás haya poesía en ningún poema. Y al revés, otro particularmente sensible, con experiencia y temperamento personalísimos, para quien haya poesía en cosas que la mayoría declara frías y tontas. Nada más arrogante e inepto, por eso

mismo, que decir, con ánimo de pontificar, que en tal o cual poema no hay poesía. A lo sumo puede declararse, si se pretende hablar juiciosamente: Yo no percibo poesía; tal como un sordo puede decir: No oigo. Obras hay acerca de las cuales la opinión de cada lector es la misma; buena o mala. En estos casos se puede, haciendo un truco, generalizando, decir que la obra *es* bella, poética, etc.; aun cuando en realidad no *sea* ni eso ni nada, y la expresión corra sólo por comodidad para entenderse.

Hecha ya esta aclaratoria, con la cual dejo gozar en paz su emoción a los que se deleitan sólo con poemas deshumanizados, incoherentes, enigmáticos (dicho todo esto respetuosamente), a cambio de que también a mí se me reconozca sin mohines el derecho a gozar con los poemas que prefiero, esto es, cuanto más humanos y límpidos mejor; vuelvo a decir que *Epístolas y Poemas* de Darío no es libro insignificante ni falto de mérito poético; es decir, que a mí me parece todo eso. A mí, porque gracias a Dios me deleito con una espinela bien hecha, o con una octava real, o con una vibrante página épica, o con ciertas obras de Zorrilla, ó Núñez de Arce, o Quintana, tanto como con las mejores de García Lorca o de Neruda. Y en *Epístolas y Poemas* encuentro una feliz imitación del mejor Zorrilla, o Núñez de Arce, del buen Menéndez Pelayo o Quintana, del Rioja o quien fuere de la *Epístola moral*, y de otros clásicos.

Cierto es que algunas piezas de *Epístolas y Poemas* parecen composiciones de colegial sobresaliente, prendado de los modelos que acaba de conocer y que imita con éxito. No obstante, hay en esas páginas, y sobre todo en otras más originales, materia útil, no sólo para el biógrafo y el crítico que trate de explicar la formación intelectual del gran Darío de época posterior, sino para el simple lector que busque entretenimiento en los primeros destellos del poeta.

Las antologías han dado preferencia al poema *Víctor Hugo y la Tumba* a causa, me parece, de la innovación métrica, des-
acertada en mi opinión, de partir en tres hemistiquios las 14 sílabas de alejandrino (Véase mi opúsculo *El verso que no cultivó Rubén Darío*, Santiago, 1933). Pero este poema, por su aliteración y su pesada alegoría en que dialogan las Montañas,

el Mar, la Selva, el Viento, la Tumba, no se recomienda como el mejor. Este poema y los más de la sección *Epístolas*, y también *El Porvenir*, son los que más parecen obras de principiante, con algo de forzado, postizo y no sentido. Pero la epístola *Erasmus a Publ'o*, en que asoma el ala de Rioja o de Quevedo, el grave, y los seis poemas finales del libro, fluyen con naturalidad y livianura, y en tres de ellos: *Alí*, *La cabeza del rawi*, *El ala del cuervo*, el elemento narrativo logra interesar; en *Alí* sobre todo, en que flota cierta gracia cautivante y «miliunanochesca». En otro: *Ecce Homo*, hay cierta grandeza, al estilo de la de Alfredo de Vigny, y no sin originalidad, puesto que no podemos pensar que Darío conociese ya el francés, si bien este poema tiene salidas un tanto chocantes, para no decir blasfemas, como habrían preferido seguramente De la Barra y Valera, que así juzgaron el final semejante de *Anagke*.

Si no fuese porque Darío habla de «décimas, todas ellas rojas de radicalismo antirreligioso, detonantes, posiblemente ateas» (*Autobiografía*, Cap. X), sería de creer que *Ecce Homo* fué el poema, quizá retocado más tarde, que el muchacho Rubén, poeta-niño, leyó ante «los graves senadores de su tierra» y que arrancó al Presidente Chamorro esta amonestación: —«Hijo mío, si así escribes ahora contra la religión de tus padres y de tu patria, ¿qué será si te vas a Europa a aprender cosas peores?» —¿Qué será? —Pues sabemos lo que fué: religiosidad y cuasi misticismo, como lenitivo contra el dolor, al conocer la vida, la dura vida, las traiciones de la gente, y las debilidades de su propia carne.

Como es fácil suponerlo, hay también en *Epístolas* y *Poemas* algún antecedente muy rubendariano, quiero decir, precursor de lo que será más tarde el modernismo de este poeta. Bastará que cite un pasaje:

¡Ah, los astros, los astros!
¡Ah, carbunclos, y perlas, y alabastros!
¡Infinito joyel, grandiosa altura!..... (*Ecce Homo*)

Estos renglones anuncian ya las pedrerías de las *Rimas* y de *Azul*... Y hay otros.

Las variantes de *Allí* ponen en evidencia, por otro lado, que Darío no era «leísta» hasta entonces, y que usaba el acusativo *lo, la, los, las*, regularmente, como es la regla en América:

Que no *lo* humille o *lo* siegue..... (le en la ed. de 1932).

Con certero
tino *lo* dejan burlado..... (le en 1932).

Y *le* destrenza el hermoso
cabello, oscuro y sedefío. (la en 1932).

(*Allí*, estrofas VIII, XLIV y LIV.)

Para terminar, en *Epístolas* y *Poemas*, como en *Abrojos*, como en *Rimas*, como en *Teatros*, hay piezas y pasajes no indignos del gran Darío, o que anuncian ya al poeta que un día iniciará con *Azul*... la reforma de la poesía castellana. *

* Cuando escribí el presente artículo, en 1940, estaba en prensa el t. II, de *Obras escogidas de Rubén Darío publicadas en Chile*, que, como es sabido, se quemó, ya terminado, en el incendio de la Imprenta Universo. No ha sido posible aún reimprimirlo. El autor podía, pues, entonces mencionar la obra *Teatros* como algo conocido. Hoy el lector que quiera informarse más completamente puede leer en los *Anales de la Universidad*, año 1941, bajo el título *Rubén Darío y Sara Bernhardt*, la «reseña» que la obra *Teatros* lleva en el t. II de *Obras escogidas* que se quemó.